

*Andanzas por la capital alemana reunificada de la mano de la historia. Quince años después de la caída del muro, la ciudad se abre.*

# Berlín, realmente abierta

ramiro  
escobar la cruz

Periodista

INTERNACIONAL

47

**L**nmóvil pero expresiva, parada sobre su cuadriga reluciente, desde lo alto de la Puerta de Brandenburgo la Diosa de la Victoria me mira como queriendo explorar los circuitos de mi memoria, fisgonea inquisidora mis íntimos recuerdos. ¿Qué imágenes me inundan ahora que admiro Berlín reunificada?



*El autor en Berlín.*

¿El muro cayéndose de a poquitos, empujado por la gente, en noviembre de 1989? ¿Los nazis desfilando, marciales e infames, por la cercana avenida Unter den Linden (nombre, en alemán, de la avenida denominada Bajo los Tilos)? ¿Liza Minelli derrochando sensualidad en el "Kit Kat"? ¿O Kennedy gritando que es berlinés para cólera de los soviéticos?

No es fácil encontrar el hilo de la historia en estas calles hermosas y confusas, donde los rastros de la grandeza del Káiser se mezclan con la obra de Konrad Adenauer, donde todavía hay muros ametrallados y refugios antiaéreos. Donde hay restaurantes de muchos países y también salchichas alemanas.

&&&

**Día G.** Bastian, un flaco alemán vital pero algo desgarrado, muy parecido al flautista de Hamelín, viene a buscarnos al céntrico hotel Hamburgo. "Tenemos que apurarnos —dice—, pues hay que cumplir con el programa." Inevitablemente, asocio su formalidad con la presunta seriedad alemana.

A pocas cuadras del hotel, sin embargo, Berlín se muestra desprejuiciada, audaz, irreverente. En plena avenida, sin rubor ni disimulo, un local anuncia *strip-tease* de hombres para hombres, apelando al dibujo luminoso de un par de *strippers*. No se ven colas, pero se nota que hay harta concurrencia.

Cerca, cruzan la pista dos gays tomados de la mano, a la luz de



Love Parade ante la puerta de Brandenburgo.

una luna esquiva y al parecer con dirección al recinto. Al fondo, decenas de tiendas exhiben su luminosidad más bien comercial, mientras los vitrales de la vieja iglesia en honor a Guillermo II proyectan en la noche destellos muy extraños.

Me pregunto qué habría sido de estos muchachos si hubieran estado aquí hace unos sesenta años, cuando los nazis procuraban arrasar no solo con las "impurezas" raciales sino también con las sexuales. Cuando alguien que "salía del closet" iba directo, y sin escalas, hacia un campo de concentración.

Hoy, Berlín está realmente abierta para esta grey. Al punto que su alcalde, Klaus Wowereit, es homosexual; al punto que, en junio de cada año, alberga a una de las manifestaciones más grandes del orgullo *gay*; al punto que Hannes, otro de nuestros guías, acaba de contarnos cómo le va con su chico.

&&&

**Día I.** En una avenida próxima a la Unter den Linden, y todavía

meditando acerca de si los *gays* berlineses son devotos de la Liza Minelli de *Cabaret*, me decido por el plato n.º 74 de la carta de un restaurante *thai*. Se trata de una sopa extrañísima, con un remoto parecido a nuestra conocida sopa wantán.

Hemos caminado algunas cuadras para ubicar este lugar, pero en la ruta no ha sido difícil observar el cosmopolitismo culinario de Berlín: restaurantes vietnamitas, portugueses, italianos, árabes, turcos, españoles. ¿Peruanos? No lo sé, pero tal vez andando no sea difícil encontrar una papa a la huancaína.

La inmigración, además, no se reduce a la mesa. Buena parte de los 8 millones de extranjeros que viven en Alemania están aquí en Berlín, haciendo de todo un poco: algunos venden chucherías, otros laboran en los restaurantes de otros inmigrantes y hay quienes trabajan formalmente sin problemas.

En una zona céntrica, por ejemplo, conocí a Jorge (se me hace que no era ese su nombre real), un peruano que, para variar, vende huaquitos, bolsi-

tos de corte andino. Dice que lleva trece años en la ciudad y que se vino de la antigua URSS cuando esta cayó en desgracia por obra y sabiduría de Mijaíl Gorbachov.

En muchas calles de Berlín uno ve africanos, latinos, árabes, pero sobre todo turcos, la mayoría aplastante, que suman más de dos millones. Tienen restaurantes, negocios, presencia. Parecen un contingente imparable, que le ha dado otro rostro a la ciudad, con ánimo pacífico antes que invasivo.

Algunos son descendientes de los *gastarbeiter* ("trabajadores invitados") que el propio gobierno federal trajo en la década de los sesenta. Pero otros, como los que acaban de irrumpir en el centro de Berlín dando bocinazos a propósito de un matrimonio, son simplemente turcos de hoy y alemanes de mañana.

&&&

**Día M.** El muro está acá todavía, aunque se haya caído hace quince años. No solo porque sobreviven algunos pedazos pintarrajeados de *graffitis*, sino porque se sigue

hablando mucho de él. No hay turista que no busque sus últimos retazos, ni postal de Berlín que no lo retrate, ni periodista que lo ignore.

Podría decir, empero, que gocé de un privilegio reporteril. Bastian y Gisela, otra de nuestras acompañantes, nos llevaron a conocer un pedazo escondido en un cementerio, a salvo de los turistas japoneses. Era frío, simple, demoledor, sin dibujito alguno, tal como fue sufrido en su época.

El hecho de que estuviera en un cementerio no era una simple añadidura. Cuando estaba en su estúpido esplendor, esta zona del muro impedía que algunos alemanes visitasen a sus muertos, si tenían la desgracia de que yaciesen en el otro lado. Formaba parte de los 107 kilómetros de infamia seudosocialista.

Con todo, los caídos por tratar de cruzar esta frontera de la Guerra Fría no fueron miles, como durante años se proclamó en Occidente. Llegaron a unos cien, entre ametrallados contra las vallas y ahogados en el río Spree. El último, Chris

*La RDA siempre soñó con la grandeza, a pesar de las limitaciones de sus dirigentes. Pero la historia les dio una lección dialéctica. Los ex alemanes orientales de hoy son aún los parientes pobres del país reunificado.*

Gueffroy, cayó en el mismo 1989, sin saber lo que se venía.

Otros retazos del cerco se ven desperdigados por la ciudad, cuando uno pasa con los buses o camina. Un trozo lo encontré, tenebroso, cerca de un lugar donde funcionaron unas oficinas de la Gestapo. Este me pareció tan simbólico como el del cementerio, a pesar de que sí exhibía pintarrajeos y *graffitis*.

Representó, para mí, las intermitencias de la libertad que ha presenciado esta tierra. ¿Puede ser normal una ciudad que durante veintiocho años estuvo partida en dos, que estuvo situada en el umbral de la división del mundo? ¿Y que antes fue la sede de un gobierno que apostó por el brutal exterminio?

&&&

**Día D.** Andando por las calles

berlinesas, y por las de otras ciudades alemanas, llego a una conclusión un tanto sumaria: Hollywood le ha hecho cierto daño a los alemanes, pero sobre todo ha alimentado en el resto de mortales una imagen de este pueblo demasiado emparentada con el maldito Holocausto.

Algunas personas asocian cualquier malhumor alemán con lo nazi, como si la marca del loco del Tercer Reich fuese indeleble. Hasta los chistes de Otto y Fritz tienen un sabor militar sospechoso. Berlín, no obstante, el ex búnker del Führer, no lo recuerda para nada, salvo para no olvidar que fue un demente.

¿Cómo, si no, se explica que la antigua sinagoga de Berlín sea ahora un museo en el que se cuentan las atrocidades cometidas contra los judíos? En ella se relata la triste historia de la Noche de los Cristales Rotos y de lo que vino luego, sin justificación alguna y con un claro mensaje: "Nunca Más".

La ciudad intenta todavía exorcizar esa página negra, aun cuando en algunas de sus esquinas, especialmente en lo que fue el barrio judío, se pueden apreciar restos de paredes ametralladas; aunque, en el piso de algunos solares, se encuentran baldosas que



*Lo que queda del muro.*



El alcalde de Berlín ante el nuevo monumento por los caídos en el muro.

guardan un borroso recuerdo de la masacre étnica.

Una de ellas tiene una Estrella de David y un nombre hebreo impronunciable. Está cerca de un colegio judío, donde un par de policías rondan sin el sobresalto de hace unas décadas pero atentos a cualquier posibilidad de rebrote de la imbecilidad. Es lo poco que queda de esa época.

&&&

**Día C.** ¿Y qué fue de la República Democrática Alemana (RDA), que cuando le ganaba un partido de fútbol a la República Federal (RFA) parecía tocar la gloria? Casi nada; ni siquiera un mísero auto Trabant (el único permitido en esa Alemania) circulando y que haga imborrables los éxitos del comunismo.

El balcón dorado desde donde, el 7 de octubre de 1949, se proclamó el nacimiento de la RDA, sí está allí, aunque no evoca grandes epopeyas. Otra cosa, en cambio, sí llama la atención: la constatación de que buena parte de los grandes

monumentos históricos de Berlín estaban en esa zona.

Entre ellos el antiguo Reichstag, legendario símbolo de la República de Weimar —el régimen parlamentario que surgió en Alemania luego de la Primera Guerra Mundial y que luego fue disuelto por Hitler—, donde ha vuelto a funcionar el Parlamento alemán y donde ahora hay una moderna cúpula que hierva de turistas. Donde, también, se fraguó buena parte de la historia política alemana contemporánea.

Friedrich Ebert gobernó allí luego de la Primera Guerra Mundial; los nazis, con su habitual desprecio por la democracia, lo cerraron; los comunistas de la RDA lo cedieron a la RFA, pero hicieron pasar el muro cerca, según algunas versiones para colocar oportunos micrófonos. Para nadie pasó desapercibido.

En los predios prosoviéticos, por añadidura, estaba asimismo la fastuosa catedral neobarroca de Berlín, que de solo verla hace que uno entre en éxtasis. ¿Cómo convivían es-

tos materialistas históricos con esas grandezas pasadas? Lo tenían como botín turístico, se dice, pero probablemente fue más que eso.

La RDA siempre soñó con la grandeza, a pesar de las limitaciones de sus dirigentes. Pero la historia les dio una lección dialéctica. Los ex alemanes orientales de hoy son aún los parientes pobres del país reunificado. Se cuentan más entre los desempleados y no se sienten del todo ciudadanos.

&&&

La Diosa Victoria me sigue mirando, supongo que no solo a mí sino a todo el que osa pararse frente a la legendaria Puerta de Brandenburgo. Me llaman a almorzar, en el mismo restaurante en el que, cuentan, cenaron hace poco George W. Bush y Gerhard Schroeder. No pido hamburguesas, por si acaso.

Berlín se queda bailando en mi retina y en mi mente mientras, por fin, devoro una salchicha alemana. Sé que no he entrado en todos los museos, ni fui al Checkpoint Charlie para imaginar cómo era la división de la ciudad en cuatro zonas: la británica, la soviética, la francesa y la norteamericana...

Me queda, sin embargo, la experiencia de lo vivido y lo comido, de lo recorrido y lo compartido. El último día, Bastian me cuenta, discreto, que su padre fue piloto de la Luftwaffe de Hitler, pero que no compartía las ideas del Führer. Le creo, porque Berlín está abierta para todo, incluso para estas confesiones. ■